El adolescente que sabía volar pero no sabía cómo

¿Y ahora qué? Ahora solo estaremos nosotros. Hoy en día los jóvenes lideramos, es más, tan solo en Madrid estamos 700.000 decidiendo cómo y cuándo serán todos los cambios sociales. ¿Seremos suficiente para que todo esté en nuestras manos? Nos da pánico no serlo, no tanto por la falta de autoconfianza, que también está presente, sino más bien por el miedo al compromiso y a la responsabilidad que conlleva. Nos estamos jugando el futuro, no solo el propio, también el colectivo.

Es cierto que somos una de las generaciones más formadas a nivel intelectual, a pesar de que las aportaciones que hacemos no son lo suficientemente útiles para lavar nuestra imagen. Sobre todo ahora; en época de pandemia se nos ha criticado por un comportamiento despreocupado y muchas veces ofensivo hacia el resto de la sociedad. Un día creamos empresas de defensa del medio ambiente y al día siguiente destrozamos un parque en un botellón.

Antes de empezar queremos aclarar que existen dos tipos de jóvenes: los emprendedores, y los emprendedores perdidos. Dentro de nosotros no hay personas inútiles o innecesarias. Decimos esto, porque sentimos todo tipo de injusticia como si fuese la propia nuestra y aspiramos a mejorar el mundo; sin embargo, muchos de nosotros vemos cada día más imposible el cambio, y podemos llegar a no sentirnos parte de la solución al dudar de nuestras capacidades.

Los adultos, ya sea un político, un militar, un padre, etc son los que nos hacen desconfiar de nuestra capacidad. Esto hace que no nos valoremos ni siquiera entre nosotros; sin embargo es innegable que multitud de proyectos dependen de la aprobación de los jóvenes para encaminarlos y darles visibilidad, incluso la mayoría de empresas dependen de nosotros. Esto se debe a que somos los líderes de las redes sociales, los demandantes de los programas de televisión, los consumistas de las series, el público de los anuncios... Somos al fin y al cabo esas venas, esa sangre, ese latido que hace que el corazón funcione, haciendo así que la economía sea el corazón que da vida a la sociedad existente; mas el

cerebro, que a veces es pecador, se deja mover por la codicia, que no es otra que el ansia de poder. En sí el cerebro de esta sociedad es capitalista, de tal forma que cualquier joven a día de hoy se dejaría influir por el: “prioriza en ti” y aplastaría a quien fuera necesario para cumplir sus objetivos. El problema aparece cuando los adultos (nuestras referencias), en vez de educarnos son los primeros que se dejan llevar por la avaricia. Por ejemplo, en el colegio cuando te dicen que vales por tu personalidad, pero luego te califican con un número y te comparan décima a décima con tu compañero. Porque una cosa es la teoría y otra es la práctica.

Pensamos que esta es una de las grandes contradicciones que está afectando a nuestro rendimiento. Una de las principales causas de todos los principales problemas psicológicos que nos destruyen por dentro. ¿Cómo vamos a cambiar un mundo que nos está matando? A día de hoy el objetivo de millones de adolescentes consiste en la supervivencia social. Donde la mayoría de nosotros, por no decir todos, hemos necesitado ayuda profesional para hacer frente a nuestras inquietudes mentales. Hacer frente a los traumas y a las preocupaciones, que no deberíamos tener, es otro de los precios que pagamos por centrarnos en el mundo online.

A pesar de hacer miles de películas sobre lo que va a pasar, si seguimos con el consumismo y las tecnologías (Terminator, Ready player one…) nos estamos acercando a ese “Apocalipsis”. Como todos sabemos estamos dirigiendo nuestro futuro hacia uno tecnológico. De hecho, hay humanistas que dicen que si seguimos desarrollando las tecnologías podremos hacer cosas tan extraordinarias como regenerar nuestras células. Esto no es nada malo; al mejorar las tecnologías mejoramos el mundo y resolvemos nuestros problemas, pero tenemos que fijar un límite. Digamos que nuestra generación no está acostumbrada a ello. A día de hoy, se están llevando a cabo proyectos muy revolucionarios como el metaverso. Un universo al que accedes por unas gafas de realidad virtual y te absorbe, donde tienes acceso a una fuente inagotable de información, videojuegos, redes sociales en vivo… Si ya nos sentimos fuertemente atacados por las redes sociales, esto va a ser el golpe definitivo para

destruir o desarrollar nuestra humanidad. Decimos desarrollar porque es innegable que las tecnologías nos han ayudado a promover los derechos humanos, a denunciar injusticias y a conectarnos. Pero lo más probable es que será la destrucción total. Los adultos nos eclipsan la realidad, y lo peor de todo: somos conscientes de ello. Es una de las condiciones que aceptamos sin leer la letra pequeña antes de sumergirnos en las redes sociales, en la droga de crear un perfil perfecto antes de aceptarnos a nosotros mismos. La sociedad tocará fondo.

Perderemos nuestra esencia, lo digitalizaremos todo, incluso el arte. Puede que hagamos grandes avances tecnológicos pero también grandes retrocesos, la digitalización no siempre es buena. Nosotros mismos seremos quienes suprimamos nuestro desarrollo de sentimientos. Si digitalizamos algo tan simple como un libro, nunca podremos volver a sentir ese olor a libro viejo o nuevo; no podremos volver a pasar esas páginas tan finas que temes que se rompan; no podremos disfrutar de pasar las tiras de colores, que te marcan la página por la que vas o donde han mencionado eso que te ha tocado tan profundamente el corazón; tampoco pararnos en un escaparate a ver las contraportadas tan preciosas que te impulsan a comprar el libro; y mucho menos entrar en esas bibliotecas o tiendas pequeñitas tan encantadoras de los barrios de Madrid, donde venden libros viejos y nuevos o donde puedes ir a charlar con el dependiente sobre los grandes literatos.

Lo mismo sucederá con las pinturas, cuadros, esculturas… No tendremos esa posibilidad de llorar de alegría al ver la obra de: Baño de Joaquín Sorolla; o no podremos interpretar las obras de arte abstracto; tampoco podremos acercarnos para ver las diferentes texturas; o ni siquiera ir a un museo para apreciar cada sentimiento de cada autor en cada obra, cada momento de su vida o cada momento de la historia. El arte, por lo tanto, es puro sentimiento, que en sí es el arte del sentir. Por ello de la realidad no hemos de prescindir, qué es lo que nos hace vivir.

A algunos de nosotros al pensar en un futuro así nos sentimos atacados, y lo que más nos asusta es la incomprensión. El pensar que todo el mundo defiende

una idea contraria a nosotros. Esto no solo nos hace dudar de nuestros ideales, también nos hace callar por presión social.

Por consiguiente, sostenemos el deber de compromiso por partes iguales en las siguientes facultades: tecnología, arte, economía y conservación del mundo real por partes iguales para así poder lograr un equilibrio. Tendremos que estar preparados. Confiamos fielmente en la generación del cambio, la generación moderna. La generación comprometida con el buen uso de la tecnología. Nuestro objetivo es una sociedad sin fronteras donde el trabajo sea valorado, sin desigualdades, donde la prioridad sea el bienestar general y la estabilidad psicológica. Tenemos la esperanza y la meta de conseguir una generación en la cual no velemos por nuestros propios placeres, sino por la felicidad de todos; porque bien afirmó el Papa Francisco una vez: “Y es bueno que ustedes los jóvenes vean que felicidad y placer no son sinónimos. Una cosa es la felicidad y el gozo… y otra cosa es un placer pasajero. La felicidad construye, es sólida, edifica. La felicidad exige compromiso y entrega.”

Sostenemos que este cambio es posible si cooperamos entre nosotros, dejando de lado la avaricia y el individualismo, y tomando en cuenta las opiniones de los demás no dejaremos de prosperar. Como dijo Heinz Zschokke “Es infinitamente más bello dejarse engañar diez veces antes que perder una vez la fe en la humanidad”.

Seudónimos: Eme, E, Ele.